

Buena letra

*Ricardo
Devis Botella*



Enterré a Amalia un martes y el miércoles me puse a vaciar sus cajones, que es la manera que tenemos los cobardes de seguir hablando con los muertos sin arriesgarnos a que contesten. Cuarenta y un años de matrimonio dan para muchos cajones. Ella los llenaba; yo, que soy hombre de pocas cosas y de menos palabras, me dedicaba sobre todo a verla llenarlos.

La quise como quieren los hombres que no saben decirlo: bajando a por el pan cada mañana durante cuarenta y un años, que es una forma larguísima y muda de decir “no te mueras todavía”. Nunca le escribí una carta. Ni una postal. En nuestra época las cartas de amor las mandaban los que estaban lejos, y yo tuve la mala suerte de no separarme de ella el tiempo suficiente para echarla de menos por escrito.

Por eso, cuando en el cajón de abajo, debajo del papel que forra los fondos y que huele a lo que huelen los años, encontré un fajo de cartas atado con una cinta, lo primero que sentí no fue ternura. Fue alarma. Las cartas eran de amor —eso se les nota en el peso— y estaban dirigidas a ella. “Querida Amalia.” Y estaban firmadas por mí.

Con mi letra.

Yo conozco mi letra como conozco mi tos: es fea, inclinada a la derecha, con las erres que parece que huyan. La reconocería en la oscuridad. Y allí estaba, en dos docenas de cartas que yo no había escrito jamás.

Un hombre más joven habría llorado. Yo, que ya no tengo edad para gestos, hice algo peor: tuve celos. Celos retrospectivos, que son los más ridículos, porque llegan cuando ya no se pueden cobrar. Pensé: alguien imitó mi letra. Alguien estuvo escribiéndole a mi mujer haciéndose pasar por mí durante años, y ella lo guardó atado con una cinta. Me senté en el suelo, entre sus medias y sus horquillas, dispuesto a averiguar con quién me había engañado mi mujer. Conmigo.

Leí. Y fue peor, y fue mejor, y las dos cosas a la vez, que es como vienen las verdades importantes.

Las cartas hablaban de nuestra casa. De la gotera del pasillo que tardé nueve años en arreglar. Del perro, que se llamaba Newton porque siempre se le caían las cosas encima. De cómo dormía ella, de lado, con una mano bajo la almohada, sujetando un sueño para que no se le escapara. Nadie de fuera podía saber esas cosas. Solo alguien que hubiera vivido dentro de mi vida cuarenta y un años.

Las había escrito ella.

Amalia había pasado media vida escribiéndose, con mi letra, las cartas de amor que yo nunca le escribí. Se sentaba —la imaginé, tuve que imaginarla, porque jamás la vi hacerlo— y se convertía en mí. En el mí que ella habría querido: uno que decía las cosas. Se falsificó un marido. Cogió al que le había tocado, callado y de erres huidizas, y con paciencia de amanuense le fue poniendo las palabras en la boca. En la mano.

Y lo peor no fue eso. Lo peor fue la letra. Porque la letra de las cartas envejecía. Las primeras, las de recién casados, tenían mi pulso firme de entonces. Las últimas temblaban, se torcían, igual que se me ha ido torciendo a mí la mano con la artrosis. Amalia no solo imitó mi letra: imitó cómo se me iba estropeando con los años. Estudió mi

decadencia para poder seguir siendo yo hasta el final. Me quiso tanto que aprendió a envejecer por mí, en tinta, para no quedarse ni un solo día sin las cartas que yo no le daba.

La última no tenía fecha. Estaba a medio hacer. Y a mitad de una frase la letra cambia: deja de ser la mía, la falsa, y se vuelve la suya, pequeña y temblona, la de verdad, como si de pronto se hubiera cansado de sostener durante cuarenta años una impostura tan delicada.

Dice así: “Emilio, si estás leyendo esto es que ya no he podido terminarla, y que por fin lees una carta mía. Es la única de verdad. Las demás las escribí yo para no morirme esperando las tuyas. No te enfades. Un beso me habría bastado, pero tú eras de los de bajar a por el pan.”

De los de bajar a por el pan. Lo sabía. Sabía leerme. Todos estos años yo creyendo que le hablaba con el pan, y ella traduciéndome a escondidas, poniéndole subtítulos a un marido que se había quedado mudo de tanto quererla sin decirlo.

Tampoco lloré entonces. Los hombres de mi generación tenemos el llanto como algunos pueblos tienen el agua: existe, pero hay que bajar muy hondo a buscarlo, y a veces uno se muere antes de llegar.

Hice otra cosa. Fui a por papel. Me senté en su silla, cogí la pluma con mi mano de erres que huyen y, por primera vez en ochenta y un años, me dispuse a escribir una carta de amor. A una muerta. Con un día de retraso y con cuarenta años de retraso, que a estas alturas vienen a ser el mismo retraso.

“Querida Amalia”, escribí.

Y me temblaba tanto el pulso, y estaba la casa tan en silencio, y era por fin tan mía la torpeza, que al mirar el renglón me di cuenta de una cosa que me hizo, esta vez sí, encontrar el agua.

Me había salido su letra.

Buena letra

Primer premio en la categoría de relato
XVIII Concurso de Relatos Escritos por Personas Mayores,
organizado por la Fundación "la Caixa"
en colaboración con Radio Nacional de España.
27 de octubre de 2026

